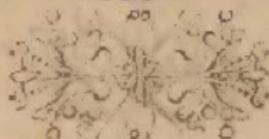


CARTAS

UN AMIGO DE BOGOTÁ



Por
Roberto Velazquez

QUITO

IMPRESA DEL CLERO

1892

CARTAS

A

UN AMIGO DE BOGOTÁ

Recordado amigo:



Cumplo á Ud. mi palabra de escribirle algo sobre mi viaje. Si mi mente es tan estéril que nada pueda sacar de su peculio, doscientas y más leguas, por malos caminos, llenos de contingencias imprevistas, si dan materia para componer una historieta.

Sucede también que por trillado que sea el camino de Bogotá á Quito, no deja de ofrecer cierta novedad. Estamos allí tan poco hechos á viajar, que contamos como sorprendente una excursión de veraneo á Anapoima ó á Utica. Por supuesto, me refiero á los viajes por nuestro propio suelo; que en lo que dice relación al viejo mundo muchos hay que lo conocen maravillosamente.

Salí de Bogotá en día del Señor, en el tren de la mañana. La muchedumbre que de todas partes se cruzaba entre Funza y Tres-esquinas hizome amortiguar el sentimiento de abandonar mi patria. Aquellas risueñas caras infantiles que van á olvidar en medio de los campos el hastío de la vida escolar; las so-

ñoras bogotanas con sus anchos sombreros de paja y sus vestidos llenos de gracia y puleritud y los esposos que se complacen en agradar á la *cara mitad* haciéndola partícipe de la rica primavera, cosas son que por el momento distraen el espíritu del viajero de otra consideración. Más tarde, la gran sabana poblada de casitas y sombreada de árboles queda á un lado y comienza entonces para el caminante ese vía-cruceis terrible, rodeado de privaciones y donde el más exigente excursionista se da por bien servido si encuentra una buena cama y un *cognac* pasaderillo.

Después de la Boca del monte, comencé á sentir los rigores del frío y las incomodidades del terreno quebrado y pedregoso. Ya es una recua de mulas la que le disputa á uno el paso, ó le obliga á hacer sus primeros ensayos de equilibrista, ó ya el barro y las piedras desiguales retardan al transeunte. Cayendo aquí y levantando allá llegué por fin á La Mesa, centro de activo comercio y estación obligada de descanso. Esta ciudad, tan memorable en la historia de nuestros antepasados, con una temperatura media de 22°, es el emporio del tráfico de apartados lugares. Casi todo el cacao que se cosecha en el sur del Tolima viene á esta plaza que lo paga á alto precio. De muy remotos confines, quizás de Bucaramanga, y del norte de Santander, vienen traficantes en ganado á comprar numerosa partida de mulas. La Mesa es la despensa proveedora de la capital y lugar de gran porvenir si se atiende á lo fácil que es formarse una riqueza si el inmigrante pone por auxiliadoras á la actividad y á la honradez.

Sin trabajo encuentra el viajero, si por desgracia no los tuviere de su propiedad, un caballo ó una mula por el exiguo fete de tres pesos. Poco más ó menos, la distancia de La Mesa á las Juntas de Apulo es de cinco leguas. Caminadas dos y media ó tres, se encuentra Anapoima, de clima benignísimo, y donde se ven los últimos restos de las familias sabaneras que buscan recreo y vacación de sus quehaceres ordinarios. Para el muy versado en la vida bogotana es un gran consuelo ver de nuevo al simpático y laborioso francés Amadeo Messier que le recibe á uno con los brazos abiertos.

Las Juntas es la estación del ferrocarril que va á Girardot. Salvo el precio de los tiquetes (\$ 1.60,

departamento de primera) alégrese sobromanera el pobre caminante al cambiár el pesado trote de la mula por el movimiento regular del tren. A la una p. m. suena el toque de marcha y á medida que avanza se ven, á la izquierda, el asilo para los elefanciacos, predios tapizados de palmeras que dan al panorama encanto irresistible y que en su exhuberancia parecen cegar en cara á la naturaleza la suerte de esos infelices leprosos que viven allende la Peña; y á la derecha, la antigua ciudad de Tocaima, célebre por las belicosas tribus que la habitaban hace tres siglos y por ser lugar muy concurrido hasta cuando la fiebre amarilla tuvo la ocurrencia de visitarla.

A las tres de la tarde llegué á Girardot, pequeño caserío que no me atrevo á elevar al rango de ciudad. El calor aquí es insoportable; sólo las brisas del Magdalena, que baña el pueblo por uno de sus costados, templá los ardores del sol tropical. Fuera del pequeño puerto en donde fondean los vapores que llegan de Honda, del aspecto alegre y pintoresco de Girardot y del famoso puente colgante sobre el río citado, nada hay que llame las miradas del viajero. Su importancia comercial es casi nula. Aquí es donde comienza uno á ver aquellos tipos repugnantes, cuerpos á medio vestir, que usan por único abrigo un calzón corto de dril, sin más ambajes ni rodeos. Verdad que es éste un vicio inherente á casi todas las costas del río Magdalena; vicio que, con trabajo disculparía el rigor de la estación. En Cúcuta ó el Jordán, lo más ardiente que tenga el Departamento de Santander, el pueblo, por miserable que se le suponga, no insulta así el pudor; nunca faltan al pobre su camisa de lienzo y su sombrero, siquiera sea de paja. Explícome esto por los hábitos de indolencia y el amor desmesurado á las bebidas alcohólicas que caracterizan á los habitantes de aquella región.

Y no quisiera seguir, amigo mío, por no traer á la memoria los fatigosos días subsiguientes. Caballero en un pésimo mulo, tomé el camino que conduce á Ibagué. Figúrese Ud. llanuras inmensas, calcinadas en tiempos de verano por un sol equinoccial sin árboles que le defiendan á uno de sus rigores, ni casas en donde reparar las fuerzas. Cuán fácil es coger una insolación! Le aseguro que si el aguardiente, panacea de males en estos parajes, no viniera en auxilio del pobre

caminante, difícil sería emprender peregrinación más ardua y dolorosa. Nada hay en ellos que alegre los ojos del viajero: una vegetación monótona y grandes fundos que pueblan poquísimos ganados constituyen el panorama que está delante. El haberse sacado en otro tiempo gran parte de las crías del Tolima para el Cauca y Antioquia, hace que estas llanuras no contengan ni la mitad de animales de que son capaces. Después de andar unas cuantas leguas se alcanza una regular posada, refugio para los que cruzan estos despoblados. Al día siguiente, con ligero cambio en los alrededores, sigue uno para Ibagué á donde puede llegar sano y salvo si Dios es servido. Le dejo á Ud. aquí porque mi alma también quiere descansar de tanto recuerdo.

CARTA SEGUNDA.

Recordado amigo:

Ibagué es hoy día la capital del Departamento del Tolima. De construcción pobre é irregular—pues casi todas las casas son pajizas y no muy nuevas—ha venido á ser el punto central de las diversas transacciones locales de los pueblos vecinos. Cerca de la ciudad se deslizan las aguas del Combeima, puras é impetuosas. Se respira en este lugar una atmósfera muy saturada de influencia civil. El pueblo no es dueño de llevar, como en otras partes, su machete al cinto; y si á estas observaciones ligeras y de poco momento, acompaño la memoria de las interrumpidas labores de su Colegio Nacional, no estoy obligado á formarne mejor opinión de esta ciudad. Qué fuente inagotable en reflexiones son los viajes! En una corta extensión, en diez leguas á la redonda, aprende el hombre lo que callan los libros. La comparación de los diversos caracteres y el contacto con gentes de varia procedencia, aunque sean cortas y apocadas, sugiere más ideas que las enseñanzas de un filósofo. Tomando dos pueblos, por ejemplo, el Departamento

de Santander y el del Tolima, se advierte en ellos una diferencia notable. Los hombres allí laboriosos y activos; una juventud llena de inteligencia y cordura y la industria en avance extraordinario: hasta el sello de franqueza ruda que distingue á los santandereanos les hace hombres excepcionales. En el Tolima, descontadas algunas provincias del sur, la producción tiende á desaparecer. No se siembra café porque no fructifica á los seis meses. Le confieso á Ud. que tuve gran desconuelo cuando oí esto á un letrado ibaguereño. Háseme dicho que su estado fiscal es consolador. Dios lo quiera y que desaparezcan de esta importante sección de la República las notas que perturban nuestra armonía nacional.

A mi paso por Ibagué tuve el gusto de conocer á Emiro Kastos. Este escritor, que ya está en el ocaso de su vida, gozó de gran fama por sus cuadros de costumbres y por otros artículos en que lucía su varia erudición. El Sr. Restrepo, acaudalado comerciante, dejó las prosaicas ocupaciones del periodismo por una vida más provechosa. Ultimamente se ha hecho en Londres una lujosa edición de sus mejores producciones, que no sé si Ud. habrá leído. Adviértase en ellas cierto sabor á Larra por lo que toca á la fuerza de observación y al chiste y gracejo en el colorido; pero lleva el Sr. Restrepo su republicanismo hasta desafiar todo precepto retórico y muchas ordenanzas de la gramática. Quiere ser, como Lope, libre en su vuelo y quizás estime los consejos de los preceptistas como obstáculos á la natural expresión del pensamiento. Un tanto excéptico, más bien por escuela que por naturaleza, Emiro Kastos, el conocido publicista colombiano, dista mucho de ser Don Juan de Dios Restrepo, de fisonomía taciturna y sobradamente parco en la expansión que rara vez gasta con sus amigos.

Y comencé al día siguiente de mi llegada á Ibagué mi ascensión al Quindío, esa enorme porción de los Andes, en donde el viajero de antaño fiaba su seguridad á espaldas mercenarias. Ahora el camino, de más de veinte leguas de largo, si no es muy bueno, ha mejorado notablemente. Nótese una nueva flora, formada, en los lugares vecinos, de árboles monocotiledóneos, pues allí se mece la palmera como soberana absoluta del bosque. De esta planta, especificada con el nombre de *palma de castilla*, sacan los montañeses un polvo

que convierten en alumbrado, si bien nauseabundo. El Quindío está habitado por antioqueños, raza audaz y emprendedora, que busca en estas soledades toda la libertad que le niegan las ciudades populosas. No hay casucha que no anuncie al viajero la hospitalidad con que será recibido: á ninguna falta su vaca de leche, uno ó más puercos y su sementera de maíz. Como tenga el antioqueño de que confeccionar la sabrosa *arepa* y la clásica *mazamorra*, que nosotros llamamos *peto*, lo demás nada le importa. Y en lo que dice relación al vestido, puedo asegurar á Ud. que nuestras campesinas de la sabana difícilmente se lo pondrían con más donosura y sencillez.

Salento es la primera aldea situada al pie del Quindío: es asimismo el primer pueblo del Cauca. Su clima, al decir de los que allí vivieron, es inmejorable; y el Botía, de clara corriente, corre al sur de la población. Costeando una pequeña loma seguí en dirección á Finlandia. No me crerá Ud. que han tenido la feliz idea de entablar el camino, como si fuera el maderámen de algún puente. Cuando el invierno visite estas comarcas será menester extravíar de la vía ordinaria para no quedar enterrado en aquellos fangales.

Finlandia es un pueblecillo de más alegre aspecto. La inmigración antioqueña se ha apoderado de él, lo que le da un título de doble simpatía. Gente trabajadora, busca nuevos mercados á su industria y en todas partes se la ve luchar con las condiciones adversas y salir siempre vencedora. Yo envidio á esta raza: estudiando en Bogotá veía con dolor que la emulación de los hijos de Antioquia no consentía rivales. Su constancia en las anlas rayaba en lo increíble. Y en la industria ya Ud. sabe lo que son. Verdaderamente ante los dones con que Dios ha regalado á Antioquia, nosotros, los cundinamarqueses y los de Boyacá, hemos de inclinar la cabeza. Nuestra plebe agobiada por el uso immoderado de la *chicha* y el abuso de la papa tendrá que sucumbir ante el más fuerte. El antioqueño es robusto y de recia catadura: antes de ir á los colegios observa lo que aconseja un filósofo inglés: *el hombre para ser buen estudiante tiene que ser buen animal*. Vigoriza primero sus miembros para no morir de inanición en la ardua labor de los estudios.

He notado una gran similitud entre el hijo de Antioquia y el hijo de Santander, sólo que éste posee una inteligencia más reposada. Mejor dicho, el antioqueño es más inteligente, el habitante del norte tiene más talento. El progreso en Santander camina á pasos de gigante. La parte primordial de la cultura de un pueblo, la educación, la ha confiado el Gobierno á manos expertas: por no citar á otros, el Sr. Aquilino Niño, Rector del Colegio de San José de Guanentá, es un sacerdote virtuoso y de grande ilustración. En cuanto á movimiento industrial, aparte de los frutos que promete la Escuela de Artes y Oficios, no podemos desear otro mejor sin pecar de exigentes. Cúcuta exporta anualmente, por término medio, cuarenta mil sacos de café; y las casas alemanas introductoras de mercaderías, establecidas en Bucaramanga, sostienen frecuente comercio con las más acreditadas de Europa. Aunque el terreno no favorece mucho las plantaciones, la inmensa región de Chueurí es una verdadera tierra de promisión para el Departamento de Santander. Estarán destinados nuestros pueblos á abandonar su primacía á estas razas vigorosas ó á segregarse las últimas de nuestra comunión nacional? Pero hasta luego que ya lo creo cansado.

CARTA TERCERA.

Estimado amigo:

Muy de mañana enderecé mi rumbo hacia Cartago. La crudeza del invierno tenía el camino intrasitable, de suerte que no fué poco lo que hube de sufrir. A cada paso presentábase obstáculos insuperables producidos por el fango y por las estacas de *guadua* tan abundantes en este trayecto. Antes de llegar á Cartago atravesé en mala canoa el río de La Vieja, afluente del Cauca. Aquí se cobran veinte centavos por una extensión que no pase de cuarenta metros, pudiéndose construir, sin mayor costo, un puente de que derivaran una pingüe renta el contratista

ó el Gobierno. A las tres de la tarde divisé á Cartago desde lo alto de una colina con el hermoso valle del Cauca, que no tiene igual en toda Colombia. Nuestros vallecitos de Simijaca ó de Zipaquirá apenas son remedo de este hermoso panorama. Las plataneras, como regalo de la Providencia, se alzan con su umbroso follaje y sus cuajados racimos. La vegetación es exuberante y variada, á diferencia de la nuestra en donde lo más hermoso de que podemos gloriarnos es el sauce melancólico ó el *eucaliptus* de verdes hojas.

Por justo juicio de Dios di con una casa hospitalaria en la parte más central de la ciudad. Aguardaba con impaciencia el día siguiente como quien espera la remisión de sus pecados. Parecíame que ya *pitaba* el vapor en el puerto vecino; supe, á pesar mío, que partiría aquella misma noche, á las doce en punto. Calcule Ud. mi afán por descansar un poco del ejercicio equestre: di á mi paje la orden de marcha y con el barro á la rodilla, pude llegar á tiempo de embarcarme. Era un beneficio para mí, nada acostumbrado á la vida militar, obtener un camarote, comer á horas fijas y acortar el camino. Cuán vana fué mi esperanza, amigo mío! Los zancudos no me dieron reposo un momento, la teshumbre del vapor no era impermeable á la lluvia y los hornos, con su creciente calor, más vecinos á mi camarote de lo que conviniera, me ocasionaron una fiebre que no quiero recordar. Agregue Ud. á esto el inmoderado precio de transporte. Ciento veinte reales por ser pasto de crueles alimañas y por viajar expuesto á la intemperie. Y fuera de alimentos, por supuesto: son ellos como *extras* que deben pagarse á un empleado *ad hoc*. No concibo la razón que tenga D. Juan Valera para increparnos nuestra prodigalidad en Europa. Al fin y al cabo, allí la vida es cara pero deliciosa: regala uno su dinero á cambio de ser bien servido. Viera yo al ilustre académico predicando tan estoica moral en el vapor Cauca.

Las orillas del río son pintorescas. Grandes cacaotales y árboles de vistosas flores las decoran. Al mirarlas acuden á la memoria los dulcísimos versos de Gutiérrez:

Muestra el *cachimbo* su follaje rojo
Qual canastilla que una uinfa pura

En la fiesta del Corpus lleva ufana
Entre la virgen inocente turba.

Estas riberas, como casi todo el suelo caucano, son muy feraces. La naturaleza, con poco trabajo, produce en abundancia lo que el hombre ha menester para vivir. El hijo de las regiones del sur es indolente: bástanle su platanera y una docena de cafetos. Por lo demás, la industria, en general, ha permanecido estacionaria: salvo aquellos artículos de necesaria importación, el Cauca elabora lo indispensable á las necesidades del pueblo: sombreros, mantas, alpargatas y bayeta burda son sus producciones más notables. Después de una travesía que me pareció eterna (más de sesenta leguas) con una velocidad media de ocho millas por hora y dejando en la banda oriental á la ciudad de Buga y en la occidental á Roldanillo, llegué al paso La Torre, en la vía que conduce á Palmira.

No le hablo á U. de Cali por no formar parte del itinerario que seguía. Pero no omitiré decirle pocas palabras sobre la *comisión de ingenieros norteamericanos* que dejé en Cartago. Esta *comisión* y su objeto han sido juzgados de muy diverso modo en los puntos que recorre.

Opinan algunos que más que otra cosa se proponen los Estados Unidos un fin político. Como nación más fuerte y rica y fiada en su preponderancia continental, se cree con derecho á aumentar su poder y á influir directamente en los destinos de la humanidad. O más breve, los Estados Unidos no consienten la emulación europea. Hay en esto miras patrióticas: valerse de medios no reprobados para el propio engrandecimiento, es cosa permitida por la ley moral; y como la Gran República tiene en sus arcas dinero suficiente para acometer tamaña empresa, ningún absurdo envuelve la opinión aquí discutida. Hasta hace poco tiempo el *superavit* de los Estados Unidos ascendía al guarismo fabuloso de treientos trece millones de pesos: al paso que en Europa las condiciones rentísticas de varias naciones ofrecen un espectáculo desconsolador. En Francia, el fraude y el escándalo aumentan diariamente; á Italia le cuesta gran trabajo sostener su categoría de potencia marítima y en los inmensos territorios del Czar una gran parte de labriegos corre hambreada á las ciudades; bien conoce U. la situación del

erario español. Así, pues, muy fácil es adivinar el porvenir de los Estados Unidos. ¿Les daría esto tal prepotencia que nos estimaran como cosa que les pertenecemos?

Juzgan otros que la construcción de un ferrocarril que partiendo de Nueva York ó de Washington rematará en la última porción de las tierras sud-americanas, sólo ofrecería á los Estados Unidos ventajas comerciales. Desde el instante en que las vías de comunicación fueran más expeditas, los artículos que produce la industria norteamericana tendrían más fácil salida. En realidad de verdad, el refinamiento creciente de la industria *yankée* y su demasiada producción la obligan á buscar grandes mercados para sus artefactos; y nada tan eficaz á su consecución como el plan meditado por el Gabinete de Washington. De cualquiera manera, todo conspiraría en favor de la vasta idea de los Estados Unidos: supeditar el progreso europeo. Debilitado el comercio del viejo continente estarán echados los fundamentos de la magna obra.

Ante la actitud del Gabinete de Washington los pueblos que formamos la raza latino-suramericana hemos permanecido en silencio. Si el fin que pretenden los norte-americanos es el apuntado últimamente, bendito y santo propósito. El desborde de la industria *yankée*, al mismo tiempo que aumentaría la inmigración de gente activa y laboriosa, nos apartaría un tanto de las luchas civiles que debilitan nuestras fuerzas. Pero como dijimos arriba, la opinión emitida al principio tiene también visos de probable: los americanos se creen llamados á regir el mundo y á salvar toda valla que los separe de los otros pueblos. A nadie le es tan común como á ellos la tendencia á la absorción. Al fin y al cabo, legítima consecuencia del dicho de Monroe.

De la gran confederación suramericana, tomadas las naciones individualmente, ninguna podría resistir la influencia y el dominio *yankées*. Chile está empobrecido por la última guerra; la Argentina atraviesa crisis excepcional; y en Centro América, Méjico fluctúa en inminente peligro: la lucha de los partidos es allí muy encarnizada. ¿No asegurarían nuestra independencia nacional y la integridad de nuestra raza latino-americana, un pacto solemne de mutua defensa internacional?

Basta por hoy, amigo mío.